



DIEGO MESA G.

Relatos

500 AÑOS DE IMAGINACION



En los frecuentes balances de dádivas y agravios que se hacen por estos días a lado y lado del océano, frecuentemente falta un ingrediente fundamental que fue producto de la llegada de españoles y europeos a América: La fértil, desbocada e inagotable vena imaginativa que recorre la producción cultural de este continente, y que abarca desde la lujuriosa extravagancia barroca de los altares coloniales hasta la música visceral del Caribe, pasando por exóticos rituales y misteriosos antros donde se forja una identidad cada vez más llena de desbocada fantasía. Una herencia que vino agazapada en los libros de caballería, contrabandeados desde el mismo comienzo de la conquista, y que se acrecentó y multiplicó hasta lo imaginable abonada por las cosmogonías indígenas y negras, es tal vez la mejor manera de recordar una fecha con connotaciones tan disímiles pero indudablemente llena de imaginación.

Estos relatos son una buena muestra de cómo la figura y hazaña del aventurero almirante genovés ha llenado de motivos las mentes de escritores bien diferentes entre sí, pero unidos por su común propósito de re-descubrir a América por la vía de la imaginación. Al igual que Carpentier o Carlos Fuentes, estos narradores, menos conocidos, nos ofrecen sus visiones.

C.C EL 11 DE OCTUBRE

Por: Fausto Maso

¡Tierra!...¡Tierra! Gritaba Rodrigo de Triana, inclinando el cuerpo sobre la baranda del barco para arrojar el plato de garbanzos por la borda, que giraba en el aire como un disco olímpico. Los granos, en cascada, rebotaban en el agua, flotaban unos minutos y desaparecían.

No entendía a C.C., ese canalla, estafador, hábil de lenguas, experto en incautos, demagogo inescrupuloso, rufián electoral, mercader de bajos fondos. La gente por dinero comete cualquier fechoría. ¡En qué tiempos se vivía! Una moneda, ni siquiera 30, corrompían a un hombre. Por usura, como dice Pound, habían abandonado España, mil veces más acogedora que la soledad del mar. En la península estaban los amigos; gente

sencilla, seres humanos; en el mar el viento, los sargazos, y el aburrimiento. Nuestras ilusiones (seré un gran aventurero, viviré la vida, recordaré emocionado en la vejez) nos hunden como el bloque de cemento atado a los tobillos de la víctima que lanzan al agua en Chicago.

Habían pasado 69 días navegando sin encontrar nada.

¿Cómo ahorcar a C.C.? Hubiera preferido matarlo a patadas en los riñones, saltarle los sesos con un martillo o empujarlo por la borda. En el mar las rutas se confunden: la derecha con la izquierda, el norte con el sur. Hacia todas direcciones se ve agua y más agua. El que haya viajado sabrá de la increíble rapidez con que desaparecen las estelas de los barcos, en minutos el mar recupera su apariencia después que pasa un navío. Viajar mirando a las estrellas es como caminar también mirándolas, terminamos en un pozo. Las brújulas, invento demagógico de los fabricantes de crucigramas,

confunden frecuentemente el norte con el sur. ¿Y cómo comprobar la exactitud de una brújula? ¿Con otra brújula? ¿Y comprobaríamos la segunda con una tercera, así hasta el infinito? Esos pequeños círculos recubiertos de cristal barato y con una aguja de lata en el centro, que vale unos centavos, no pueden guiar tres barcos, 120 hombres.

¿Quién confiaría en una brújula, un juguete comprado en una tienda por departamentos, en la sección infantil? Sólo una memoria que reproduciere exactamente, y a la inversa -esto complica la hazaña- las evoluciones de la rueda del timón garantizaría el retorno. C.C. poseía esa memoria. Ese ¿italiano? libidinoso que contrataba menores de edad como sirvientas para despedirlas después de haberlas corrompido; ese individuo de aspecto repulsivo, mala catadura, pésimo aliento, desaseado, que apestaba a sudor, desprovisto de trato, desgracia de bautizos, entierros y cumpleaños y bodas -a los que acudía sin invitación-, con uñas de carbonero y gusto para vestir de nuevo rico arruinado. C.C. había llegado a almirante por su descomunal memoria. Rodrigo de Triana se consolaba recordando el caso de los *idiots savants*, las personas de mayor memoria en el mundo.

Triana había sugerido al comité laboral patear a C.C., golpearlo por las costillas sin matarlo (como en las estaciones de policía, que ni dejan amoratada la piel). Un viejo marinero había respondido:

- Las cosas no se hacen a medias; si actuamos impulsivamente se agravarán los problemas. Organice-mos, presionemos pacíficamente, sin violencias. Somor europeos, ¿no? Nosotros, los latinos, olvidamos que la violencia impide el avance progresivo, rompe los cauces de la sociedad. En el compromiso -el compromiso sajón-, en el término medio, está el mejor camino.

C.C. los había engañado con su fabulosa facilidad de palabra. Había conversado con cada uno de ellos para alistarlos en la expedición. Gastó dos semanas con uno de los pilotos; le regaló a su mujer una litografía en piedra de una naturaleza muerta y cuando visitaba su casa le traía caramelos a los niños. Se pasó horas tomando cerveza (no bebía) en las tascas y en los burdeles de los muelles. Llegó a los extremos de esos idealistas convencidos de la santidad de su misión. ¿Qué importa mentir si se prueba que la tierra no es un octógono? C.C. escondía sus sentimientos, despreciaba las efusiones si perjudicaban a sus ambiciones.

Hay que temer más a los hombres como C.C. que a los simples egoístas, o a los sultanes corrompidos, que sólo quieren su bienestar. C.C. quería modificar la humanidad. El que se interesa en la relación entre las figuras geométricas y la geografía, amenaza a la humanidad. Y si mañana C.C. quería demostrar que la tierra no es un tetraedro o un zepelín...

C.C. respondió a las primeras quejas con una sonrisa maternal, que hacía aparecer como a niños malcriados a los quejosos. Obligado una semana más tarde a explicar sus planes, silenció a la tripulación, casi amotinada, diciendo:

- De dos proposiciones contradictorias una es falsa y la otra es cierta. Los lógicos de la antigüedad y los modernos aceptan el principio de contradicción. Si ustedes rechazan ese fundamento del mundo (el mundo entendido naturalmente como contorno objetivo, objetivización del espíritu, contenido puro, algo así como el espíritu objetivo de Hegel sin sus fantasmagorías), ni vivir pueden. Les ocurriría como al escéptico famoso que afirmaba la verdad de la proposición de que no hay ninguna verdad. No hay provisiones para retornar a España, debe haber por tanto -sine qua non-, sin recursos a terceros-suficientes provisiones para descubrir a América. O lo primero es cierto o es lo segundo. Uno de esos

términos no miente. Y ustedes saben que moriríamos de hambre antes de llegar a España... Cuando pisemos tierra en el nuevo continente, los que hoy se quejan, enriquecidos rápidamente -habrá mucho que saquear- recordarán abochornados el momento en que rechazaron esas futuras riquezas. ¡Animo, muchachos! Cerremos filas. Ni un paso atrás ni para tomar impulso. Estamos venciendo. ¡Viva Colón! ¡Viva la Igualdad! ¡Viva la Justicia Social! ¡Paz y Pan para el Pueblo! Unidos seremos invencibles. Codo con codo, es la consigna.

Llevaban 69 días navegando a la deriva. C.C. no conocía la ruta a América, como les había asegurado. Las tres carabelas, sucias y destartaladas, avanzaban por inercia. Los tripulantes dormitaban en cubierta. El palo mayor de "La Pinta" se había roto y habían zurcido tres velas de la "Santa María". Con cada maniobra "La Niña" chirriaba como una locomotora vieja que arrastran -sin ruedas- sobre una plancha de metal. Un piloto pasaba el día escupiendo a los peces. Los marineros apedreaban las aves que se posaban en los barcos, para matarlas y comérselas.

C.C. reconocía con pavor que quizá no descubriese América. La posibilidad de un error lo entristecía, recordaba sus temores infantiles. Su bravura, su terquedad, escondían su terror ante su infancia atroz (padre borracho, madre dominante, hermano loco) y el fracaso lo volvían a colocar sin defensa ante sus miedos. Y sin respuestas pasaba las tardes fumando, recostado junto al timón, mirando el horizonte como si del mar fuese a brotar su consuelo. C.C., una de esas tardes melancólicas, pensó que había equivocado su vocación.

Culpaba al rey Fernando de sus dificultades.

Con barcos de nombres tan estafalarios ni se podía costear por el Mediterráneo. Ese miserable tacaño lo había engañado. Fernando había descrito con entusiasmo el Renacimiento, la época de las pasiones salvajes: nacían hijos naturales; los enanos crecían, se decía un promedio de dos a cuatro frases originales ante el pelotón de fusilamiento, se construían Iglesias en vez de iglesias. Las epidemias mataban un millón de personas. Por cada europeo había 14 ratas con peste bubónica.

El principado más pequeño ahorcaba, tenía una bandera y un historiador. Parteras, celestinas y aborteras (con el método de la patada voladora entre la pelambre y el ombligo) gritaban en medio de su trabajo: "¡Estamos en el Renacimiento! ¡Vivimos en el Renacimiento! El arte avanzaba retrocediendo mil años. Había polémicas, homosexuales y reyerías en los cementerios. Los sistemas filosóficos llenaban las estanterías dedicadas a la Filosofía en las bibliotecas. Los escritores se popularizaban trabajando en los circos o escribiéndoles discursos a los curas

de aldea. Los naturalistas describían piojos, ladillas y garrapatas. Se clasificaba por primera vez las pestes a sudor (con grajo de obrero, sudor de menstruación, etc.) y los científicos fotografiaban un hongo en un cuarto oscuro. En algunas ciudades se trataba las aguas negras para vendérsela como potable a las poblaciones vecinas. Las estadísticas de accidentes de aviación (y los consiguientes récords) se descomponían para com-
putar:

1. Número de fémures recogidos;



2. Calcinamiento, asfixia, sabotaje;
3. Aviones caídos de barriga, oblicuos y de culo.

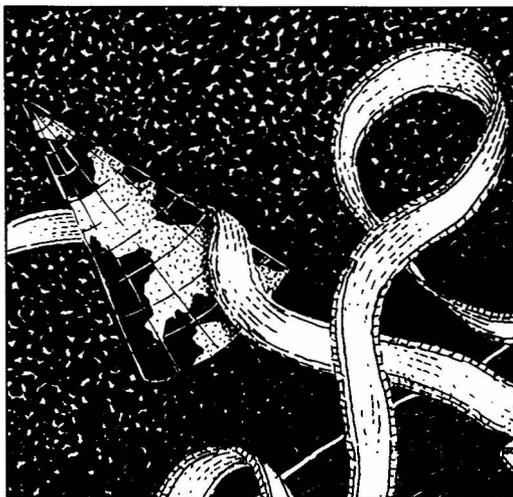
El rey Fernando le pasó un día el brazo sobre el hombro. C.C., un hombre tímido ante los poderosos, enrojeció cuando Fernando le dijo:

- ¿Qué te parece mi administración? Si tienes alguna queja o quieres algo, habla. Aquí estamos para servir a amigos como tú. Y sobre ese proyecto de descubrir América ya te firmé el decreto para las carabelas.

C.C. comprendía ese súbito cambio de Fernando, que hasta entonces se burlaba constantemente de los proyectos de descubrir nuevas tierras. -¿Para qué? -decía-, ¿para qué? ¿A quién le interesa de verdad descubrir algo? -Y les contaba burlescamente a sus cortesanos la locura de C.C.- ¿Qué le importa a este estúpido cómo sea la tierra? El no la creo... Da lo mismo que sea cónica o rectangular. Es como el que camina sobre una sola mano. ¿Para qué?

Fernando quería entretener a la opinión pública. El rey veía en su imaginación la noticia: **20 días sin saber nada de C.C.; 30 días sin noticias de C.C.; C.C. perdido hace dos meses; duelo nacional por la muerte de C.C.** El viaje para descubrir América como una supernovela televisada, haría olvidar las guerras perdidas, los desfalcos en el Ministerio de Hacienda y los desastres sanitarios en las provincias. ¿Quién criticaría al gobierno en medio de la expectación? Cuando se sepultan 20 mineros en una mina durante dos o tres

días y mueren asfixiados - casi nunca los rescatan- no se habla de otra cosa. De C.C. -tres barcos, 120 hombres, el mar, descubrimientos, hieren más la imaginación- se hablaría seis meses y después se crearía el rumor, en el momento propicio, de que se habían avistado unas velas. Y durante varios días hasta la desmentida oficial, resurgiría la expectación que moriría definitivamente al cuarto o al quinto rumor, cuando la gente ya cansada prefería pensar que a C.C. lo habían devorado los tiburones. Aun entonces, un buen libro de fotografías o una entrevista con un familiar tendría "impacto".



C.C. en su euforia no adivinó las intenciones del rey. A la semana de navegar, pasados los trajines de organizar la expedición, supo la verdad cuando se cayó la pintura de los cascos de los navíos y se descubrió el relleno de piedras y desechos en los sacos de vituallas. Fernando calculaba que se ahogarían en quince o veinte días.

...Y la muy perra de Isabel, ramera descocada que engañaba a su marido con el primer desconocido, que había besado a C.C. diciéndole:

C.C., que había besado a C.C. diciéndole:

C.C., no vuelvas sin traerme una tierrita...

¿Qué engaño! Así se jugaba con la honestidad de las personas en la Corte, centro de vagos, parásitos e intrigantes. C.C., en un raptó moral se comparaba -aventurero frente a lo desconocido- con los burgueses que engordaban a la sombra. El vivía, ellos chupaban la sangre de los obreros; la plusvalía no pagada del trabajo rendido era el capital.

C.C. deseó huir, escapar, dejarse la barba, vivir como un mendigo en una gran ciudad donde no lo reconociesen, durmiendo sobre periódicos en los bancos de los parques, sin cuenta de gastos, afeitarse, cuidar el aspecto, pensar antes de hablar, etc. Contestando cualquier pregunta, como su maestro Wittgestein, con un encogimiento de hombros, la mejor respuesta para cualquier pregunta profunda. Una mañana, de vuelta de su viaje, no se levantaría de la cama durante varios días, se dejaría la barba, desaparecería de los lugares de costumbre, se alimentaría en los comedores públicos.

En medio del océano prefería, si viviera de nuevo, ser un simple pescador confiado en su vela remendada y en su bote maltrecho.

El viento hinchaba las velas ostentosas impulsando las carabelas, como su nunca fueran a detenerse. Un pedazo de madera que arrojó con todas sus fuerzas estalló contra el agua; y después, inexplicablemente, herido por el sol, desapareció entre la espuma de la estela.

Abría desesperado los brazos, con la ropa desgarrada, colgando de un madero entre dos ladrones, que no preguntaban por el reino de los cielos. La luz lo embrutecía, sus ojos se secaban y el horizonte eterno lo amenazaba. Se creía un bufón que se preguntaba sobre la llegada de un salvador.

¿Qué hacía él en esta parte del mundo?

LAS MUERTES APOCRIFAS **Por: Pedro Gómez Valderrama**

Cristóbal Colón

...Cuando ya la Santa María iba hundiéndose, se aproximó a ella un bote, del cual saltó a la nave un hombre delgado, de larga cabellera gris, el cual subió por la escalerilla y llegó al puente de mando.

Las órdenes del Almirante prolongaron por unas horas la lucha de la Santa María contra el temporal, pero ya la nave maltrecha comenzaba a hacer agua, y la fuerza del viento la empujaba, desarbolada como estaba, contra las rompientes. Finalmente se vio que los marineros iban abandonando la nao, en las chalupas de salvamento.

Contra la luz roja del atardecer siguió viéndose la silueta del Almirante, rígido en su puesto hasta que el agua lo fue cubriendo.

PERSISTENCIA **Por: José B. Adolph**

Los padres de José B. Adolph, nacido en Stuttgart, Alemania, en 1933, huyeron del nacional-socialismo en 1938 y se afincaron en Perú, donde él ha vivido toda su vida. José B. Adolph es un escritor de ciencia ficción bastante aislado en su patria de adopción, y sus libros de cuentos o novelas mezclan muy a menudo la ciencia ficción y lo fantástico. Entre sus obras más importantes podemos mencionar **El retorno de Aladino** (1968), **Hasta que la muerte** (1971), **Invisible para las fieras** (1972), **Cuentos del relojero abominable** (1974, libro del cual ha sido extraído este relato) y **Mañana fuimos felices** (1975), todos ellos libros de relatos, además de las novelas **La ronda de los generales** (1973) y **Mañana de las ratas** (1978), donde aparecen el Tercer Mundo en general y Lima en particular durante el año 2034. José B. Adolph trabaja en la actualidad como periodista en el diario **La crónica** de Lima, donde se caracteriza por su ironía y un estilo provocador.

Gobernar la nave se hace cada vez más problemático. Los hombres están inquietos; sólo la más ardua disciplina, las más dulces promesas, las más absurdas amenazas mantienen a la tripulación activa y dispuesta. Una humanidad que ya no se asombra de nada nos vio

partir hacia el más allá; estaba ya habituada a una desfalleciente fascinación.

Comprendo a todos; éstos han sido años de sucesos terribles, de convulsiones. Muertes masivas, guerras, inventos maravillosos; ¿Quién podía entusiasmarse por una conquista de aquel espacio que ya nada nuevo promete a hombres hartos de progreso? Los costos son elevados, pero ya nadie se fija en cifras. Corre sangre y corre dinero en estos años en que somos, a la vez, creadores y asesinos.

Amo y odio a mis compañeros. En cierto sentido, son la hez del universo; en otro, son balbucientes niños en cuyas manos se moldea el futuro. Abriremos una ruta que liberará a este planeta del hambre, de las multitudes crecientes que ya no encuentran un lugar bajo el sol y que sólo esperan, aterradas y resignadas, un juicio final del que desconffo; ¿cómo se puede ser tan supersticioso en estos tiempos de triunfo de la ciencia, del arte, de una nueva promesa de libertad como la que encarna esta nave?

Hemos partido hace meses; en este tiempo solitario hemos recorrido la inmensidad de cambiantes colores, reducidos a lo mínimo. Nos hemos visto convertidos en criaturas desnudas, flotando en la creación; los hombres tienen miedo. Sabían que existía este vacío; lo supieron siempre. Pero ahora que se sienten devorados por él, sus miradas se han endurecido para siempre. El final es un lejano punto que no logro construirles.

Huimos de un mundo de miseria y hartazgo; de violencia y caridad; de revolución y orden. Habremos de retornar, sin duda, pero tampoco puedo garantizárselo a ellos. Ven el vacío; no son capaces de perseguir un sueño de plenitud.

No hay comunicación con un pasado que sólo recobramos como futuro. Y mi soledad es mayor; ¡ay de los

que poseemos la verdad y la seguridad! Una sola lágrima nuestra, descubierta por ellos, equivaldría a una desesperada muerte.

Pero es inmensa la recompensa: al otro lado nos esperamos nosotros mismos, encarnados en esa libertad y en esa abundancia de que ahora carece nuestro planeta. Debemos durar, debemos resistir, no sólo porque el retorno es imposible, sino porque mienten cuando dicen preferir la seguridad de la prisión que dejaron. La verdad, me digo, es obligatoria. Y el encargo que llevamos nos ha sido encomendado por todos los hombres de la Tierra, aun por aquellos que no saben de este viaje e ignoran lo miserable de su existencia.

El viaje continuará, así tuviera que matarlos a todos y gobernar y sólo la nave. Nadie puede escapar, si no es a través de su propia muerte: confío en sus instintos, más que en sus razonados temores. Hasta ahora no hemos encontrado las horribles pesadillas que algunos timoratos previeron. Sé que todo marchará bien, o todos moriremos juntos; si así fuera, si lo último se cumpliera, otros retomarán la esperanza y esa huida que será un gran encuentro. El cielo es negro sobre nosotros, pero miles de luces nos acompañan; son como cirios de la esperanza. Ellos las miran con temor y odio; no quieren comprender que son guardianes y guías; ¿cómo no sentirse hermano de las estrellas, que observan, comprensivas, nuestra soledad que es la de ellas?

Me siento solo, y no me siento solo. ¿Habría alguien que pueda comprender esta atracción por un abismo. que para mí no es sino una ruta más? Es cierto que a veces tengo miedo, como todos. No soy sino un hombre frente a fuerzas desconocidas; las intuyo, pero no las domino; las comprendo, pero no son más. Pero sin miedo no hay esperanza.



Y, sin embargo, el tiempo es largo, sobre todo para ellos. El viaje se les aparece infinito. Empiezan a sentirse privados de toda realidad; se creen fantasmas de sí mismos. Sus ojos me amenazan porque siempre hay un culpable. La nave cruje y se mece, la inmensidad es cada vez más aplastante, pese a esos signos que, desde hace un par de días, nos aseguran que no hay error, que mis cálculos son correctos.

Debo anotar, pues, que ojalá se cumplan los pronósticos favorables antes que el temor termine totalmente con la confianza. Rogaré al Señor para que tal cosa no ocurra. Danos, pues, Señor, la gracia de poder cumplir nuestra misión antes que finalice este octubre de 1492.

AMERICA NO EXISTE

Por: Peter Bischel (versión de Jairo Gómez M.)

He aquí la historia de un hombre que contaba historias. Le dije muchas veces que yo no le creía su historia. "Miente", le dije, "usted inventa, usted fantasea, usted

engaña". Eso no le impresionó, y él seguía contando tranquilo, y cuando le grité: "¡Mentiroso! ¡Embaucador! ¡Fantasioso! ¡Engañador!", me miró un momento, sacudió la cabeza, y sonrió triste, y dijo en voz tan baja que casi me dio vergüenza: "América no existe". Para consolarlo, yo le prometí escribir su historia.

Empezó hace quinientos años en la corte de un rey, el rey de España. Un palacio, seda y terciopelo, oro, plata, barbas, coronas, velas, sirvientes, criadas, cortesanos que al amanecer se hundían recíprocamente las espadas en el vientre porque la noche anterior se habían atrojado los guantes a los pies.

En la torre: aires de fanfarria, guardas vigilando, y mensajeros que saltaban a caballo y brincaban en la silla; amigos del rey y falsos amigos, mujeres bonitas y peligrosas, y vino, y alrededor del palacio, gente que no sabía nada de nada pero que pagaba por todo. Por otro lado, el rey no sabía hacer otra cosa sino vivir así. Y como uno vive igual en la riqueza o en la pobreza, en Madrid o en Barcelona o en cualquier otra parte, al final el resultado es el mismo: uno se aburre. Por eso la gente se imaginaba que Barcelona era bonita y que la gente de Barcelona quería viajar a alguna parte.

Los pobres se imaginaban que el rey vivía muy delicioso, y sufrían porque el rey creía que para los pobres lo correcto era vivir así como vivían.

En la mañana se levanta el rey, por la noche el rey se acuesta y todo el día, se aburre con sus preocupaciones, con sus sirvientes, su oro, plata, terciopelo, su seda, y también con sus velas. Su cama es fastuosa pero allí nada se puede hacer sino dormir.

Por las mañanas los sirvientes le hacen profundas reverencias, cada mañana igual de profundas.

El rey, acostumbrado a eso, ni siquiera los mira.

Alguien le da el tenedor,
alguien le da el cuchillo,
alguien le corre la silla,
y la gente que habla con él dice Majestad y muchas y
muy bonitas palabras y nada más.

Nunca nadie le dice: "¡Idiota! ¡Burro!" y todo lo que a
él cada día le dicen ya lo han dicho el día anterior.

Así es.

Por eso los reyes tienen bufones en la corte. Los bufones
pueden hacer lo que quieran y decir lo que quieran,
para hacer reír al rey y cuando ya no lo pueden hacer
reír el rey los mata o cualquier otra cosa.

Una vez, el rey tenía un bufón que trastocaba las
palabras. Al rey eso le parecía gracioso. Decía: "Tajes-
mad", en lugar de "Majestad". Decía "ciolapa", en lugar
de "palacio" y "nosbue siad" en lugar de "buenos días".

A mí, eso me pareció estúpido, al rey le pareció gracioso.
Toda la mitad de un año, aquello le pareció gracioso,
hasta el 7 de julio, y el 8, cuando se levantó y el bufón
vino y le dijo: "Nosbue siad, Tajesmad", el rey dijo:
"Aléjenme al bufón de aquí". Otro bufón, un gordito,
Pepe se llamaba, sólo le gustó al rey cuatro días e hizo
reír al rey porque le puso miel a las sillas de las damas
y caballeros, los príncipes, los duques y los hombres
libres. Al cuarto día le puso miel también a la silla del
rey, y el rey ya no quería reír, y ya Pepe no fue bufón.

Entonces se compró el rey el más terrible bufón del
mundo. Era feo, delgado y gordo a la vez; alto y
pequeño a la vez, y su pierna izquierda era encorvada.
Nadie supo si podía hablar, o si intencionadamente
nada hablaba, o si era mudo. Su mirada era mala, su
cara era hosca; lo único dulce suyo era su nombre; se
llamaba Juanito.

Pero lo más horrible era su risa.

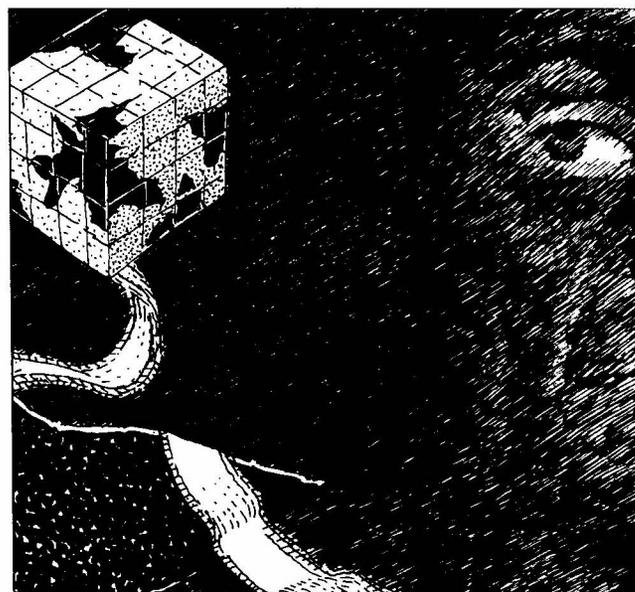
Comenzaba completamente pequeña y vitrea y com-
pletamente profunda en el vientre, subía bien alto, iba
rápido sobre un erupción, enrojecía la cabeza de Hans-
chen, hasta que casi se asfixiaba, estallaba, explotaba,
retumbaba, gritaba.

Entonces patateaba y danzaba y reía; y sólo el rey se
alegraba por eso; los otros se quedaban pálidos, comen-
zaban a temblar y se asustaban.

Y cuando la gente alrededor del castillo oía la risa,
cerraban las puertas y las ventanas, cerraban las celo-
sías, llevaban los niños a la cama y se tapaban los oídos
con cera.

La risa de Juanito era la más horrible del mundo.

El rey podía decir lo que quisiera; Juanito se reía.



El rey decía cosas con las cuales nadie podía reír, pero Juanito reía. Y un día dijo el rey; "Juanito, te haré colgar", y Juanito se rio, bramó y rio como nunca hasta entonces.

Eso acabó de convencer al rey de que Juanito debía ser colgado en la mañana. Mando construir el patíbulo y estaba muy decidido con su resolución porque quería que Juanito riera del patíbulo.

Entonces ordenó a todas las gentes que contemplaran el terrible espectáculo. La gente se escondió, sin embargo, y le corrió el cerrojo a las puertas, y en la mañana el rey se encontró con el verdugo, con los sirvientes y con el riente Juanito, solo.

Y él le gritó a sus sirvientes: "¡Traedme a la gente aquí!". Los sirvientes buscaron por toda la ciudad y no encontraron a nadie y el rey estaba furioso y Juanito reía.

Finalmente encontraron los sirvientes un muchacho, a quien arrastraron ante el rey. El muchacho era pequeño, pálido y tímido; y el rey lo llevó ante el patíbulo para que contemplara el espectáculo. El muchacho miró al patíbulo; se rio, aplaudió con las manos, se asombró y dijo: "usted **deber ser un buen rey, pues ha construido un banquito para las palomas. Ve usted que ya hay dos de ellas encima?**" "Tú eres un idiota, dijo el rey, ¿Cómo te llamas?" "Yo soy un idiota, Señor rey, y me llamo Colombo; mi madre me llamó Colombín".

"Tú, idiota", dijo el rey, "alguien será colgado aquí".

"Cómo se llama él?" preguntó Colombín, y cuando hubo oído el nombre dijo: "Ah, se llama Juanito, bonito nombre".

¿Por qué hay que colgar a un hombre que se llama tan bonito?".

"Porque se rie tan horrible", dijo el rey, y le ordenó a Juanito reír, y Juanito rio el doble de horrible de como antes.

Colombin se asombró y luego dijo: "Señor rey, a usted le parece eso horrible?" El rey se sorprendió y no pudo responder nada y Colombín añadió:

"A mí, su risa no me parece nada en particular; y las palomas todavía están en el patíbulo; a ellas esto no las ha espantado y no les parece tan horrible la risa. Y las palomas tienen buen oído.

Hay que soltar a Juanito".

El rey reflexionó y luego dijo: "Juanito, véte al diablo!", y Juanito por primera vez dijo una palabra. Le dijo a Colombín: "Gracias", y se sonrió con una bonita sonrisa humana, y se fue.

El rey ya no tenía ningún bufón.

"Ven", le dijo a Colombín. Los sirvientes y criados, los condes y todos pensaron que Colombín sería el nuevo bufón del rey.

Eso no hizo ni cinco de feliz a Colombín. Se quedó pasmado.

Raramente hablaba una palabra y no reía, sonreía solamente, y no lograba hacer reír a nadie.

"No es un bufón, es un idiota", decía la gente y Colombín decía: "No soy bufón; soy idiota".

Y la gente se burlaba de él.

Si el rey hubiera sabido esto, se hubiera puesto furioso, pero Colombín no le dijo nada, porque no le importaba que se burlaran de él.

En la corte había gente fuerte e inteligente. El rey era un rey, las mujeres eran bonitas y los hombres valientes. El párroco era piadoso y la cocinera laboriosa. Sólo Colombín, Colombín no era nada.

Cuando alguien decía: "Ven, Colombín, lucha conmigo", Colombín decía: "Soy más débil que tú". Cuando alguien decía: "Cuánto da siete por dos?", Colombín decía: "Soy más tonto que tú".

Cuando alguien decía: "Te atreves a ir al río a nadar" Decía Colombín: "No, yo no me atrevo". Una vez, el rey le preguntó: "Colombín, qué quieres ser? Respondió Colombín: "No quiero ser nada nada; ya soy algo, soy Colombín". El rey dijo: "Pero tú tienes que ser algo". Y Colombín preguntó: ¿Qué se puede ser?

Dijo el rey: "Mira ese hombre moreno con cara de cuero café curtido; es un navegante; quiso ser navegante; y se ha vuelto naventante. Navega sobre los mares y descubre tierras para su rey".

"Cuando tu quieras, mi rey," dijo Colombín, "yo seré un navegante".

La corte entera se rio.

Y Colombín corrió por toda la sala y gritó: "Voy a descubrir una tierra; quiero descubrir una tierra".

La gente se miraba, y sacudía la cabeza, y Colombín salió del palacio a través de la ciudad, sobre los campos y a los campesinos que estaban en los campos y lo miraban, él les gritaba: "Voy a descubrir una tierra, voy a descubrir una tierra".

Y llegó al bosque y se escondió durante semanas entre los arbustos y nadie oyó de Colombín, y el rey estaba triste y se hacía reproches y los cortesanos se avergonzaban porque se habían burlado de Colombín.

Y se pusieron alegres cuando después de semanas, el vigia de la torre sonó la fanfarria y Colombín volvió por los campos hasta la ciudad y atravesó el portón, caminando hasta el rey, y dijo:

"Mi rey: ¡he descubierto una tierra! Y como los cortesanos no se querían ya burlar de Colombín, ponían serias caras y se preguntaban: "¿Cómo se llama y dónde queda?".

"Todavía no tiene nombre, porque yo la he descubierto primero; y queda muy lejos afuera en el mar", dijo Colombín.

Allí se levantó el navegante barbudo y dijo: "Bien Colombín; yo, Américo Vespucio, voy a buscar la tierra".

Dime ¿dónde queda? "Usted viaja por el mar siempre derecho y debe viajar hasta que llegue a tierra y no debe desesperarse", dijo Colombín, y tenía un miedo terrible porque él era un mentiroso y sabía que esa tierra no existía, y ya no podía dormir.

Pero Américo Vespucio hizo la búsqueda. Nadie sabe hacia donde viajo.

Quizá también se escondió en el bosque. Entonces sonaron las fanfarrias y Américo volvió de regreso.

A Colombín se le puso la cara roja y no se atrevía a mirar al gran navegante. Vespucio se paró delante del rey, le hizo un guiño con los ojos a Colombín, respiró profundo, le hizo también un guiño con el ojo a Colombín y dijo en voz alta y clara, de modo que todos pudieran oír: "Mi rey, 'así dijo él'; mi rey, esa tierra existe".



Colombín estaba tan contento de que Vespuccio no lo hubiera traicionado que corrió hacia él, lo abrazó y exclamó: "¡Américo, mi querido Américo!"

Y la gente pensó en cuál sería el nombre de la tierra y llamaron a la tierra que no existía. "América".

"Tú ahora eres un hombre", le dijo el rey a Colombín. **"De ahora en adelante te llamarás Colón"**, y fue conocido y famoso y todos se asombraron de él, y todos cuchicheaban: **"Ese fue el que descubrió a América"**.

Y todos pensaban que América existía; sólo Colón no estaba seguro, toda su vida dudó de ello, y nunca se atrevió a preguntarle la verdad al navegante. Pero pronto viajaron otras gentes hacia América y pronto muchos otros y los que volvían afirmaban: "América existe".

El hombre que me contó la historia me decía "Yo nunca estuve en América. Yo no sé si América existe".

Quizá la gente sólo lo fingió para no decepcionar a Colombín. Y cuando dos hoy hablan sobre América se guñan los ojos, y casi nunca dicen América; y la mayoría de las veces dicen algo impreciso acerca de ciudades, o del otro lado del mar o algo así.

Quizá le cuentan a la gente que quiere ir a América en avión o en Barco, la historia de Colombín, y entonces se esconden en alguna parte y regresan más tarde y hablan de cowboys y de rascacielos, de las cataratas del Niágara y del Missisipi, de Nueva York y de San Francisco.

En todo caso cuentan siempre lo mismo y cuentan cosas que ellos antes del viaje ya conocían, y eso ya es muy sospechoso.

Pero todavía la gente disputa acerca de quien era verdaderamente Colombín. Yo lo sé".

AMERICA

Por: Jaime Alberto Vélez

En el amanecer del 12 de octubre de 1492, el navegante don Rodrigo de Triana descendió al interior de la carabela y comenzó a dar voces, llamando del sueño a Jacobo, el historiador; a Lope, tenido por muy suelto de lengua; a Pedro, el escribiente y a todos sus demás acompañantes a quienes puso por testigos, una vez estuvieron en la cubierta de la embarcación.

- Voto al diablo! -les dijo-, Ay de vosotros si os olvidáis de aquesto!

Y rápidamente ascendió al palo mayor de la carabela y, con el pecho muy henchido de aire y el gesto entre marcial y beatífico, gritó para la posteridad:

- ¡Tierra!

REFERENCIAS

Fausto Maso -(Cuba): C.S. El 11 de octubre
Fuente: Antología del joven relato latinoamericano.
Buenos Aires : Compañía General Fabril Editora,
1972. pp. 132 - 139.

Pedro Gómez Valderrama (Colombia): Las muertes apócrifas - Cristobal Colón
Fuente: La nave de los locos y otros relatos. Madrid,
Alianza, 1984. pp. 147 - 148.

Peter Bischel(Suiza): América no existe
Fuente: El Mundo Semanal 14 - X - 89 (Tr. Jairo Gómez M.) pp. 8 - 9

José B. Adolph (Perú): Persistencia
Fuente: Goorden, B. y Van Vogt, A.E. (Comp.) Lo mejor de la ciencia ficción latinoamericana. Barcelona: Martínez Roca, 1982 pp. 157 - 159

América: Autor: Jaime Alberto Vélez, Licenciado en Filosofía y Letras de la U.P.B., Docente de la Universidad de Antioquia.